

JUAN GARCÍA PONCE

# MARÍA

*A María Luisa Herrera, mi ayudante, a cuya existencia e insistencia tanto le debo.*

**E**ra otoño. Así empieza su primer cuento un escritor. Estas líneas comienzan en la misma época del año. Pueden o no ser una ficción. ¿Hay alguna diferencia? La palabra escrita le da a todo la verdad creada por lo escrito.

El jardín contemplado detenida, cuidadosa, minuciosamente por un personaje llamado Jaime tenía un carácter melancólico. Al menos eso le había comentado una amiga poco antes: "Tu jardín tiene un aspecto melancólico." Jaime no estaba seguro de que su jardín le gustara sólo porque tenía un aspecto melancólico. Con excepción de cuando llovía en los momentos más inesperados, con abundancia de rayos y truenos, pasaba mucho tiempo en ese jardín durante todas las estaciones del año. Entonces, a veces, cuando no era muy fuerte, lo melancólico era la lluvia resbalando sobre los troncos de los árboles, vista desde una ventana-puerta por Jaime.

No era un jardín muy grande, pero aumentaba su tamaño y para Jaime también su encanto, el hecho de estar cerrado por una antigua y baja barda de adobe. Esa barda era el único sobreviviente de la casa anterior, toda ella de adobe también. El dueño de la casa de atrás no era amigo de Jaime, sólo conocido. Sin embargo, su agrado por esa barda y su generosidad cuando Jaime se cambió construyendo una casa más o menos moderna en vez de la antigua de adobe, lo habían llevado a quitar al cabo de algún tiempo la tela de alambre cubierta de hiedra colocada al mandar construir Jaime su casa. Así él podía agrandar el tamaño de su jardín uniéndolo imaginariamente a los de las tres casas vecinas vistos con entera libertad. No podía ver el piso ni las flores, pero sí los árboles y fragmentos de las casas pintadas de blanco como la suya y cuyas chimeneas dejaban escapar una delgada columna de humo durante el invierno cuando el cielo estaba muy diáfano y todavía no anochecía. También se veían las copas de los árboles de las casas indistinguibles de al lado. Era como vivir fuera de la ciudad.

Las jacarandas, muy grandes en dos de esos jardines, perdían las hojas en otoño, podían verse las delga-

das ramas de sus copas y cómo empezaban a florecer antes de la primavera. Ni los pinos ni los rectos y oscuros cipreses perdían las hojas. En la actualidad Jaime no estaba escribiendo nada y tenía mucho tiempo libre. Sus hijos, mayores y casados, vivían fuera y la que fuese su mujer se separó de él mucho antes y se había casado de nuevo. Jaime veía de vez en cuando a la nueva pareja y recordaba mucho a sus hijos, siempre en presente. Es la ventaja de la memoria sobre la mera realidad: el recuerdo se mantiene siempre en presente. Ya lo dice Proust: "No se pueden poner en la realidad los cuadros de la memoria." Una cita muy favorecida por Jaime, quien estaba convencido de su verdad. Por algo, para recuperar el tiempo, Proust se tiene que salir del tiempo y dedicarse a escribir su novela.

Visitaba muy poca gente a Jaime a pesar de que contaba con una cocinera espléndida y podía conversar de una manera casi tan atractiva como lo era la comida de su casa. Él se decía: las enormes distancias de la ciudad; pero varios de sus amigos habían muerto y otros vivían fuera. Jaime no pensaba en eso, sólo no estaba seguro de tener razón. Quizá no estaba seguro de nada. Esta inseguridad abarcaba las obras realizadas. Por fortuna, gozaba mucho con la contemplación. Además de admirar su jardín y los jardines adyacentes visitaba muchas galerías y museos y hasta de vez en cuando iba al cine. También leía sin descanso. Las obras de arte, en los libros, en los cuadros, en las esculturas, pueden tener un pasado siempre presente. En este momento, Jaime estaba haciendo las tres cosas: interrumpía la lectura para recordar y ver. Había dejado el relato de Peter Handke que estaba leyendo e imitando al relato, un relato que se basaba en la contemplación en su carácter esencialmente descriptivo, veía su jardín y al contemplar recordaba.

El jardín era un jardín trasero. Jaime estaba sentado en un cómodo sillón negro colocado sobre la breve terraza. El sillón había sido sacado de la sala; la terraza era de mosaicos rojos. En el jardín había, en el extremo derecho para la posición de Jaime, una alta buganvilia a lo largo de tres pisos gracias a que su vecino, por ese

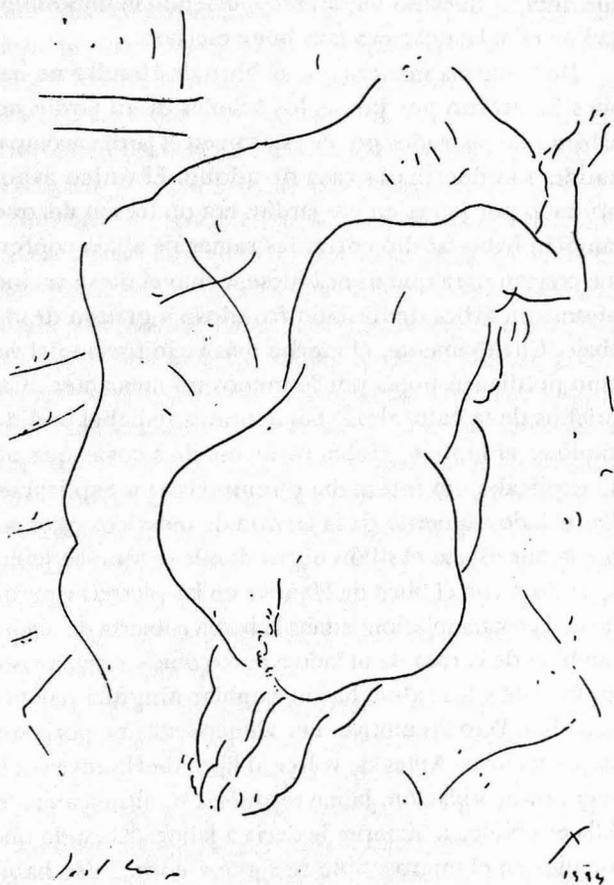
lado, era pintor y tenía un estudio ocupando casi todo el tercer piso de su casa. Este pintor era amigo de Jaime, pero su mujer evitaba las visitas debido a la mutua y desmedida afición a la bebida del pintor y de Jaime. Más allá de la buganvilia, lo separaba de esa otra casa, con chimenea también e igual en eso a la de Jaime, una barda no de adobe sino cubierta de hiedra. El pintor no se llevaba con el dueño de la casa de atrás y su barda era muy alta. También estaba cubierta de hiedra y desde la terraza del tercer piso al final de su estudio, el pintor saludaba muchas veces a Jaime con una mano y una cerveza en la otra. Un enorme fresno separaba esa terraza de la barda. Perdía las hojas muy pronto. Jaime las veía caer manchando de amarillo el verde pasto de su jardín. Del mismo modo que la lluvia, las hojas caían con un suave rumor de una manera intermitente, aún más silenciosa que la lluvia.

Sentado en su sillón negro sobre los mosaicos rojos, con el libro de Peter Handke en las piernas, Jaime podía ver los árboles de las casas vecinas sin distinguir a cuáles pertenecían. Casi siempre pensaba la misma obviedad al verlos: nada me pertenece y vivo en un ambiente boscoso viendo las copas de los árboles, no como si estuviera en un bosque donde sólo se pueden ver las copas desde alguna elevación, sino sentado en la terraza de mi jardín. En seguida, llevado por su afán de precisión, agregaba: también las veo desde la terraza del segundo piso.

En el jardín de la última y más grande de las casas había un alto, enorme ciprés devorado por la hiedra; sólo se podían ver sus últimas ramas secas ya. A Jaime le gustaba el aspecto de ese ciprés oculto por la hiedra y probablemente seco por entero bajo ella; pero despreciaba a los desconocidos dueños de esa enorme casa de tres pisos por la fealdad de los fragmentos que podía ver y por la ampulosa protección de la barda vista desde la calle estrecha y empedrada que llegaba hasta la oficina de correos del antiguo barrio. Al pensar en esa oficina de correos, Jaime la unía, por una gratuita asociación, a dos personajes de Strindberg siempre esperando a que abrieran la oficina de correos y se llenaba de satisfacción. Strindberg viejo, solitario, muy guapo, tocando Beethoven en el piano a solas en su casa mientras bebía whisky como lo confesaba en una entrevista o paseando como un fantasma de sombrero de copa entre la nieve de Estocolmo, tal como Jaime lo había visto en una fotografía, se había convertido en uno de sus personajes o siempre había sido uno de sus personajes. En cambio no era gratuito sino asociado con la fealdad de la casa y su alta barda protegida por lanzas, el conocimiento de la corrupta actividad política de su dueño. De la segunda casa habían pasado casi tres años antes de que Jaime pudiese ver a alguien: una mujer vestida de oscuro, bajando por algunas escaleras, que deberían estar al aire libre, hasta el jardín. Descubrir a esa figura inesperada

bajando por unas inesperadas escaleras o lo que debían ser unas escaleras, le hizo pensar, gratuitamente también, en un cuadro de Balthus en el que todo era misterioso a base de ser común. No sabía nada sobre los que vivían en esa casa. De la inmediata, conocía al dueño y a sus hijas, pero la barda de adobe bastaba para mantener la mutua intimidación del solitario Jaime y la familia del otro, cuyas hijas organizaban ruidosas fiestas de vez en cuando, sin que a Jaime se le ocurriese protestar por las molestias que le ocasionaba el ruido.

El jardín de Jaime tenía un pino pegado a la casa. Había tenido que mandar cortar dos de sus ramas porque se inclinaron peligrosamente sobre la terraza superior. Los troncos sin ramas pero no secos, como había probado el hijo de Jaime al hacer ociosamente una cortada en



una de ellas y ver salir la resina, estaban cubiertos de buganvilia. En el jardín había pasto y algunas flores tropicales traídas de su pueblo por la cocinera; dos ciruelos sin hojas actualmente, dos higueras de ramas retorcidas y con las pocas grandes hojas que sobrevivían amarillas ya; un alto aguacate que nunca daba frutos y cuyo tronco estaba desprovisto de todas las ramas bajas por órdenes de Jaime de manera que se veía muy esbelto con su alto penacho de hojas siempre verdes al final y el inclinado tronco bellissimo, cubierto de musgo, de un chabacano al que la edad había matado, con sólo dos delgadas ramas secas también creciendo por el lado contrario que el tronco. El árbol había sido conserva-

do como si fuera una estatua. Le gustaba mucho a Jaime por su belleza natural y porque le recordaba un cuadro de Van Gogh con un sembrador y un árbol inclinado. En el libro de Peter Handke que Jaime estaba leyendo, uno de los relatos era casi exclusivamente sobre Cézanne y el monte que le sirviese tantas veces de modelo. El pintor le servía a su vez a Handke de motivo para celebrar a la naturaleza y a la vida campesina ligada a la tierra. Se mencionaba a Van Gogh usando la opinión de un crítico para considerarlo demasiado literario. Jaime no estaba de acuerdo: también Handke al hacer literatura utilizaba medios plásticos, creando imágenes con las palabras. ¿Por qué Van Gogh al hacer imágenes no tenía derecho a ser literario?; pero esto no disminuía su deslumbrada admiración por el relato de Handke, al que hubiese querido imitar, reconociendo la imposibilidad de ello: Handke era muy buen escritor.

De la misma manera que el libro de Handke no había sido escrito por Jaime, los árboles de su jardín no habían sido plantados por él, estaban en el jardín acompañando a la derribada casa de adobe. El único árbol plantado por Jaime en ese jardín, era un fresno del que también había hecho cortar las ramas de abajo conforme crecían para que nunca fuese, como el de su vecino pintor, un árbol demasiado frondoso y grueso desde abajo. Curiosamente, el mucho más viejo fresno del vecino perdía sus hojas por lo menos un mes antes. ¡Caprichos de la naturaleza! Jaime nunca se había podido explicar el motivo. Había otras muchas cosas que no se explicaba, no intentaba o renunciaba a explicarse. Por el lado izquierdo de la terraza de mosaicos rojos sobre la que estaba el sillón negro donde se sentaba Jaime leyendo o con el libro de Handke en las piernas y perdido en la contemplación, estaba la barda cubierta de hiedra también de la casa de al lado a cuyos dueños había visto en la calle y los saludaba sin cambiar ninguna palabra con ellos. Pero los motivos que alimentan la memoria son impredecibles. Antes de volver al libro de Handke o a la mera contemplación, Jaime recordó a su última amante. Ella era bióloga. Siempre le decía a Jaime: "Cuando uno ve algo en el microscopio se sigue viendo." Eso había ocurrido con ellos. Empezaron algo y siguieron... ¿Por qué había terminado? ¿Por qué se apartaron del microscopio? Recordar a María, esa amante, *la* amante, le hizo pensar a Jaime en su antigua casa. María, su amante, estaba unida por completo a la época en esa casa. Así era, al menos, como las recordaba.

Esa casa estaba en un callejón que daba a una gran avenida. El callejón era muy corto y por la parte de atrás podía decirse que empezaba el *lumpen* con abundantes pulquerías, tendajones y vecindades de todo tipo. Estaba cerca de la Universidad Nacional, donde María trabajaba como investigadora. Era de un solo piso con excepción del cuarto de la misma cocinera que trabajaba ahora para Jaime. Ella limpiaba también la casa y a su

cuarto se llegaba por una escalera de caracol. Para subir a la azotea de la casa se tenía que pasar frente a ese cuarto. Abajo estaban los lavaderos y dos tanques de gas. La casa tenía un jardín adelante, muy pequeño, otro atrás un poco más grande. En el recuerdo Jaime podía verlo nítidamente. Y en el recuerdo agregaba otras cosas ocurridas en esa misma casa. Sobre el callejón, en el extremo final de la barda de ladrillos rojos había dos nísperos, no muy altos, con pequeños frutos en la primavera. Se entraba a la casa no por un portón de madera sino por una ancha puerta de lámina pintada de negro. Sobre esa puerta los niños cuyos gritos se oían en la calle y los balonazos en la puerta, sin que Jaime lo pudiese evitar, habían dibujado con gis una gran cruz. Jaime nunca la quitó. ¿Era un símbolo? ¿De qué? En su infancia Jaime había sido creyente, pero ya no lo era. La única eternidad es la que había pasado desde que dejara esa casa. ¡Cuánto tiempo! ¡No se podía creer!

La ciudad era mucho más habitable. Por la avenida de la que partía el callejón los automóviles circulaban en ambos sentidos. "Qué se hizo el rey Don Juan / Los Infantes de Aragón qué se hicieron..."

Vencida la amplia puerta de lámina negra, tan amplia porque por ella debería entrar un automóvil, se hallaba una suerte de calle de cemento sin pintar que hacía las veces de garaje y al que, algunas veces, Jaime sacaba el mismo sillón negro forrado entonces de rojo. Desde él, cuando no estaba leyendo sobre todo Klossowski, Bataille, Blanchot, en vez de Peter Handke, Jaime contemplaba la jacaranda plantada por él mismo. Era el único árbol en ese jardín sin mucho espacio. Por dentro, la barda estaba cubierta de hiedra y el jardín también tenía pasto. Jaime había utilizado para relatar un sueño una escena vista en ese jardín: María y un amigo llamado Manuel, una vez que se fue la luz, examinaron si no se había fundido un fusible en la caja negra que estaba en la barda y Jaime los contempló haciendo esa tarea sin atreverse a intervenir, reconociendo su torpeza y sin mencionar su miedo a todo lo que fuese electricidad. Varios geranios llegaban casi hasta el techo de la casa, atravesando una estrecha ventana terminada en forma de arco y con barrotes. Por la parte de atrás el jardín tenía un viejo trueno, un esbelto líquambar y el tronco seco, muy pequeño, menos alto que Jaime, del que en otro tiempo, antes de que Jaime llegase a vivir en esa casa, debería haber sido otro níspero. Jaime lo había cubierto con las mismas hiedras que tapaban la barda contraria al cuarto de la cocinera y cubrían la del fondo. Algunos domingos, María llegaba con su hijo y una comida de mariscos y cangrejos o una paella, compradas en diferentes lugares. Entonces comían afuera en el jardín de adelante sobre la calle cubierta de cemento o atrás sobre la estrecha hilera de mosaicos amarillos a la que se abría la puerta de la cocina y frente a la ventana cubierta de barrotes del cuarto de Jaime. La cocinera no

tomaba a mal que la comida llegase preparada. Era una de las ceremonias de los domingos en esa familia atea. Servía las comidas con la eficacia de siempre. María y Jaime, después de los *gin & tonics*, tomaban mucho vino blanco o tinto según los platillos y siempre terminaban un poco borrachos. Desde el jardín, del otro lado del estrecho y empedrado callejón, se veía una alta barda de la que sobresalía la copa de un eucalipto.

—Nada me gusta tanto como el cielo azul con algunas nubes blancas más allá de ese eucalipto —comentaba una y otra vez Jaime.

—Me parece que ya te lo he oído decir antes —contestaba María.

María y Jaime se conocieron un sábado por la noche en la casa de un amigo mutuo. Era una fiesta. Desde que la vio, Jaime se enamoró de María. Lo cual es una manera de decir que tardó mucho en animarse a sacarla a bailar. María se pegaba al bailar de una manera fascinante. No eran sólo las piernas las que se cruzaban. Era como si María se estuviese ofreciendo por entero. Jaime ya lo había admirado observándola bailar con otros. Pero esto, precisamente, había aumentado su indecisión. ¿Si no hiciera lo mismo con él? Lo hizo y ya no se separaron más. Mientras comían, con María sentada en un sillón, Jaime en el brazo de ese mismo sillón y los platos en la mano o sobre las piernas, María le contó "todo" a Jaime. Era divorciada, tenía un hijo, era bióloga, trabajaba en la Universidad. La ocupación de Jaime no se podía decir tan fácilmente. ¿A qué se dedicaba en verdad? No era capaz de confesar que trataba de ser escritor. Le comentó a María que él también trabajaba en la Universidad como burócrata haciendo una revista del Departamento de Difusión Cultural. Declaró una coincidencia: también acababa de divorciarse. Pero no era cierto. Jaime nunca se había ocupado de hacer los trámites necesarios para el divorcio; en aquel entonces sólo estaba separado.

En tanto, después de este intercambio de confesiones, María alzó la cara hacia él. ¿Qué es más importante, tratar de fijar el cambiante color de sus ojos, decir como lo hace Flaubert con respecto a Emma Bovary, la primera vez que la menciona, que el color de esos ojos estaba definido por sus largas pestañas o tratar de ser original y renunciar a describir sus ojos, no hablar de sus pestañas y decir que estaban definidos por el valor de sugestión de su mirada? De la manera de bailar dándose simbólicamente con un supuesto abandono o descuido de sí, a los ojos y las pestañas. ¿De lo crudamente sensual a lo puramente espiritual? Ésa es la mejor descripción de María: ella pasaba de lo espiritual a lo sensual, sin ninguna pausa. O mejor dicho, en ella lo sensual era espiritual y lo espiritual sensual. La sensualidad y la espiritualidad formaban esa totalidad llamada María con mucho de ángel y mucho de demonio. ¿Pero quién sabe lo que es un ángel o lo que es un demonio en estos

tiempos sin fe? Antes todo estaba establecido y tal vez por eso se podía definir. ¿No estamos explicando falazmente a los escritores de antaño para justificar nuestras ineptitudes? Piénsese en la suprema habilidad de Thomas Mann como retratista, en el gozoso cuidado de Nabokov, quien decía despreciar a Thomas Mann, igual que lo decía de casi todos los demás escritores, o en los recursos actuales de Peter Handke. Sin embargo, ya Musil sólo dice: "¿Cómo sonreía Agathe?", y la pregunta es la respuesta. No trata de definir lo imposible. ¿Entonces para qué hablar de María? Exactamente porque describirla no la agota y ella en sí misma buscaba ser sólo una posibilidad destinada a los que supiesen verla. Hablar de María, por tanto, es hablar de lo imposible, hecho concreto por ella, mostrándolo como posible.

Están en el sillón y de vez en cuando ella levanta la cara hacia Jaime. Están en el sillón y ella se inclina para dejar su plato en el piso. Jaime puede ver la espalda que ha sentido en su mano. María está vestida de negro, su vestido no tiene ningún adorno, sólo deja desnuda su espalda un amplio escote en triángulo y la falda es triangular. No usa medias. Sus zapatos son negros. El negro hace su sensible y atractiva piel blanca mate aún más evidente. ¿Por qué no permitirse hablar también de la sensualidad de su boca con el labio inferior partido? María levanta del piso su plato y lo pone junto al de Jaime sobre una mesilla. Bailan mucho otra vez. Jaime aunque está seguro de la aceptación de María no se decide a besarla en la boca. No queda casi nadie en la fiesta cuando salen. Ella tiene automóvil y lo ha llevado. Jaime observa cada uno de sus movimientos al subirse al automóvil y ponerse frente al volante. Su larga mano saliendo por la ventanilla para decirle adiós. Han quedado de verse dos días después en la Universidad, por la tarde, cerca del anochecer, en la puerta del instituto donde María trabaja.

Cuando estaba casado, Jaime vivía en el séptimo piso de un edificio frente a un parque. Le gustaban mucho sus hijos, su mujer, el parque inmenso, con muchos árboles de todos tipos, lago artificial, patos, cisnes, serpenteantes senderos de mosaicos rojos —¿imitó esos mosaicos rojos en su casa Jaime?— con bancas de cemento cubiertas con techos de dos aguas al lado y letreros copiados por Malcolm Lowry en su novela: "¿Le gusta este jardín que es suyo? ¡Evite que sus hijos lo destruyan!", y hasta el departamento. ¿Por qué se separó entonces? Lo separaron, Jaime nunca fue totalmente fiel, pero no puede decidir por qué; sólo sabe que la que fue su mujer debería estar enterada de algo y tener razón. Pero es igualmente cierta la obligación de no renunciar a las idiosincrasias personales. Manera de caracterizar irónicamente al personaje. Éste es un recurso tomado de Musil. El autor se promete no hacer más referencias literarias, aunque no está seguro de ser capaz de cumplir su promesa. ¿Está seguro de algo?

Dos días después de la fiesta, Jaime pasó por María. Estaba vestida con una falda gris y una blusa gris; un gris más claro que el de la falda. Las faldas empezaban a usarse hasta medio muslo entonces. Fueron al cine y después a un restorán y después... Jaime acababa de encontrar y alquilar de inmediato la casa de un solo piso en el callejón empedrado y acababa de encontrar su cocinera. Pero ella ya estaba dormida. Habían usado el automóvil de María y ese automóvil fue el que se quedó frente a la puerta de lámina negra en el estrecho callejón. Una noche inolvidable. María se desvestía muy rápidamente sin que esto impidiera advertir el carácter de sus gestos y desnuda era aun más bella. Jaime desde esa noche ya no pudo pensar en su cama sin ella. María llevó a Jaime a buscar su automóvil en la Ciudad Universitaria. Ésta estaba cerrada. No pudieron entrar a recoger el automóvil a pesar de sus muchas súplicas y hasta el intento de sobornar a uno de los vigilantes.

—Mis compañeros se darían cuenta, señor. Es imposible —dijo el vigilante.

María dejó a Jaime en la puerta de su casa y se fue a su departamento.

Al día siguiente comieron juntos. María no había llevado automóvil tal como lo habían decidido desde la noche anterior y se fueron a la pequeña casa en el de Jaime. Tal fue el principio de una larga, muy larga serie de reuniones jamás separadas ni por un día. ¿Puede hablarse de un encuentro? Desde el hallazgo de la casa Jaime había tenido varias amantes y siempre las consideraba idiotas. María no era idiota, tal vez tampoco inteligente, pero sí lo suficientemente hábil y experimentada para parecer inteligente. Entonces el idiota al no darse cuenta sería Jaime. Quizá... Por lo menos puede afirmarse la capacidad por parte de María para advertir el deslumbramiento inicial de Jaime y mantenerlo. A veces iban al departamento de María. Jaime conoció a su hijo. María tardó mucho más en conocer a los de Jaime. Él iba muy seguido a su antiguo departamento frente al parque y sus hijos nunca iban los sábados y domingos o a las horas de visita de María entre semana. María preguntaba sólo por ellos y se conformaba o pretendía conformarse con las vagas respuestas de Jaime. En una ocasión, en un restorán, hablando de todo tipo de temas, hasta tratando de explicarle algo de biología a Jaime, le había escuchado decir: "Los hijos son sagrados." Y no lo olvidaba. En cambio, conocía a un número cada vez mayor de los amigos de Jaime, algunas de sus amigas y siempre les dedicaba frases capaces de anularlas por completo apenas se retiraban.

Los vestidos eran cada vez más cortos. María, mujer independiente, concedora y dueña de su propia sensualidad, no ignoraba contar con el apoyo incondicional de Jaime para utilizar esa circunstancia. En una boutique, situada frente a un gran almacén, se compró, acompañada por Jaime, tres vestidos exactamente iguales

en su corte y diferentes en el color. Uno era gris oscuro, otro color arena y otro verde oscuro. Los vestidos tenían mangas largas, pero por lo corto de sus faldas y la manera de ceñirse al cuerpo eran muy atrevidos. Tenían botones por el frente y María los usaba siempre con botas. Empezó con los botones abrochados hasta el cuello y "no tuvo más remedio", con una sonrisa interior de satisfacción, que seguir la petición de Jaime de desabrocharse dos y luego tres.

Manuel Contreras, uno de los íntimos amigos de Jaime, homosexual y admirador platónico de María con lo que el medio de poseerla era Jaime, les recordó la invitación a la lujosa casa de una dama, casada, con cuatro hijos, pero bella aún, que pretendía ser una especie de Diótima. María fue con su vestido gris abrochado hasta el cuello y con botas, por supuesto. La fiesta se celebraba en un amplio segundo piso al cual se llegaba por unas rectas escaleras de bruñida madera. El atractivo principal de la fiesta era el anuncio de contar con la presencia de un arzobispo liberal muy de moda. María, científica atea, aprobó con satisfacción la pregunta de Jaime al arzobispo cuando la dama dueña de la casa había reunido a un grupo de invitados a la reunión alrededor del arzobispo, quien había brillado con todo su morado esplendor:

—Sé todo con respecto a la difícil situación de los pobres en Latinoamérica, mi pregunta es otra: ¿Usted cree en Dios?

El arzobispo ni siquiera se dignó contestar y la que brilló realmente en esa fiesta no fue la religión católica liberal, sino otra liberal: María. El vestido cerrado pasó a tener dos botones abiertos y muy pronto cuatro, con lo cual además de las maravillosas piernas resaltadas por las botas y descubiertas casi enteramente por la corta falda, podían vérselo hasta los pezones. María bailó con todo mundo, inclusive con el arriesgado editor que había publicado las dos primeras novelas de Jaime después del éxito de sus dos primeros libros de cuentos. Sentado junto a ella, viendo bailar o más exactamente coquetear o seducir a María, Jaime escuchó complacido y orgulloso el comentario de otra dama amiga de la dueña de la casa:

—El vestido de María parece una camiseta y ella lo usa peor aun.

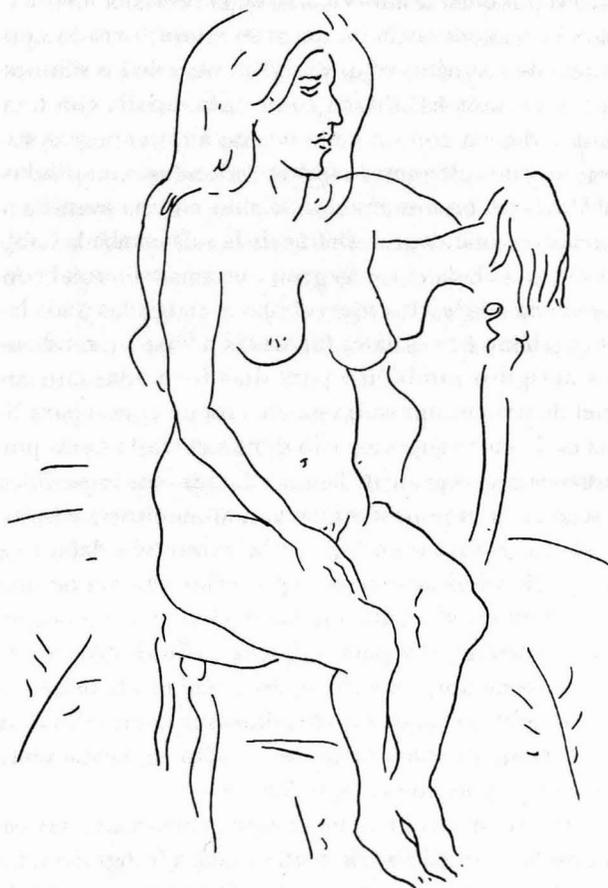
¿Qué original? El odio disfrazado de virtud provocado por María en las mujeres era una de sus cualidades. Manuel Contreras fue el que se empeñó en que María, Jaime y él se fueran cuando la casa estaba ya casi vacía y ellos muy borrachos. Bajar las bruñidas y rectas escaleras fue una hazaña. Jaime se estrelló la frente contra el vidrio delantero del pequeño automóvil de Manuel después de uno de los gratuitos e inesperados frenazos de él. María, sentada atrás, le sobó la frente a Jaime hasta la llegada a la casa de él. El golpe no era para tanto, fue más espectacular que doloroso, pero las manos de María... Eran tan agradables en su frente como

colocadas detrás del cuello de otros mientras bailaba o quitándose el pequeño vestido, las botas y los mínimos calzones en la casa de Jaime. Viéndola desde su cama, Jaime, borracho, no dejó de volver a pensar que María sabía desvestirse como nadie y luego su desnudez, además de su belleza natural, su blanca piel mate, sus pequeños pechos, su amplia espalda y estrecha cintura, el firme trazo de sus caderas, sus largas piernas rematando en los inmaculados pies delgados con las uñas sin pintar como corresponde a una mujer dedicada a la ciencia, estaba enriquecida por cada uno de sus gestos, los cuales nunca fingían pudor, sino la hacían más descarada. (Con respecto a esta última palabra, cabe una reflexión de índole moral: las mujeres decentes no le interesan a nadie.)

La relación se prolongaba, se prolongaba. María hasta le enseñó cómo cocinar platos franceses, italianos, españoles, chinos y de muchos otros países exóticos a la cocinera de Jaime. "Toda buena bióloga es también buena cocinera." María le regaló a Jaime una gata negra, comprada cuando era muy chica, por quince pesos en una tortería junto al lago artificial del bosque donde llevaba a remar a su hijo. Era una gatita muy bonita. Jaime, por espíritu de contradicción, comentó su preferencia por los gatos. (Muy pronto se demostró su equivocación también en esto.) Le pusieron a la gata Clarisa, no por espíritu de contradicción porque fuese negra, sino en honor del personaje de Musil. Jaime insistió en que la gata debería llamarse Clarisse. María opinó que había que nacionalizar el nombre. La resistencia de Jaime fue frágil: la gata se llamó Clarisa. Muy pronto tuvo gatitos. Se quedaron con un gato negro y le pusieron, por exigencia de Jaime, Moosbrugger, nombre imposible de nacionalizar. El gato, a diferencia del personaje de Musil, no asesinó a ninguna puta: murió o se perdió muy pronto persiguiendo gatas. La siguiente vez que Clarisa tuvo gatitos se quedaron con otra gata negra y le pusieron Alpha, el personaje femenino de una obra de teatro de Musil. María admitió que incluso pensaba el nombre con "ph" por la letra griega. Siguieron teniendo gatas siempre con nombres literarios. Todas se habían muerto ya y estaban enterradas en el jardín de la nueva casa. Los hijos de Jaime ya conocían a María. Ella y Jaime hacían muchas cenas en la casa. Iban en su mayoría parejas y sola una mujer de más de cincuenta años, viuda, empeñada en disimular su belleza vistiéndose como una zarrapastrosa.

El sillón forrado de rojo en esa casa y de negro en la otra siempre fue parte de un grupo de tres, igual en eso a los vestidos "como camisetas" de María. Dos de ellos estaban en el vestíbulo, donde igualmente había chimenea. Jaime se llevó la protección de cerrada tela de alambre entretejido a su nueva casa como recuerdo. Ninguna puerta ni pared, sólo un amplio arco simulado separaba a ese vestíbulo del comedor. En él estaba un

mueble que de niño le servía de chifonier a Jaime. Siempre, igual que tantas otras cosas, menos sus mujeres, había conservado ese mueble en el cual María ahora guardaba los cubiertos, platos, vasos y copas en la parte superior mucho más grande y que se abría en escuadra hacia abajo, y Jaime, cada quien sus manías, revistas viejas con fotografías olvidadas y artículos suyos no menos olvidados, en los tres cajones de abajo; un archivero metálico de oficina regalado a Jaime por su antigua mujer para conservar copias de sus originales; varios cuadros de amigos de Jaime; una mesa redonda sin pintar cubierta con una tela amarillo oscuro que llegaba hasta el piso convirtiéndola en lo que los españoles llamarían una mesa camilla y cuatro sillas de asientos y respaldo de paja alrededor de esa mesa. En la parte delantera del



vestíbulo se encontraba, además de los sillones rojos, un mueble de madera, regalo de María, donde se ponían los discos y sobre el cual estaba el tocadiscos,

La casa era un rectángulo perfecto. Del otro lado del vestíbulo estaba la sala a la que se entraba por una puerta estrecha, pero en una de cuyas paredes había una abertura con la parte superior arqueada, sin vidrios aunque pareciese una ventana, a través de la cual podían verse todo el vestíbulo, el comedor y la sala. En la sala se encontraban los libreros de Jaime. Eran tres y de diferentes alturas. Uno de ellos estaba pegado a la pared que cerraba la sala, otro en la pared donde se hallaba la falsa ventana y el tercero al lado de la ventana

verdadera atravesada por los geranios. Junto a este librero estaba la mesa de trabajo de Jaime, una mesa muy grande, rectangular, de la cual Jaime sólo usaba el extremo izquierdo por lo que había una silla colocada enfrente. En esa parte de la mesa estaba una pequeña máquina de escribir portátil o diferentes cuadernos con la misma forma siempre, de pasta amarilla y con las hojas blancas. Lo demás de esa gran mesa estaba cubierto con diccionarios, papeles sueltos, libros siempre cambiantes, tinteros, diferentes botes de porcelana antiguos con plumas de todo tipo pegados a la pared y una lámpara formada con un candelabro antiguo del cual se conservaba la pátina y una pantalla negra. Del otro lado de la ventana, por encima de la mesa, en parte, la pared estaba cubierta con múltiples retratos de escritores admirados por el habitante de la casa; el resto del mobiliario de la sala consistía en un gran sillón forrado con una tela de cuadritos rojos y negros, otro de los sillones rojos, una cama habilitada como sofá tapada con una manta indígena con un bello diseño a rayas negras sobre rojo y dos elegantes mesitas redondas, compradas por María no en una mueblería sino en una avenida a vendedores ambulantes. Detrás de la sala estaba la habitación amueblada con una gran cama matrimonial con sobrecama verde, dos mesas bajas y alargadas a los lados con lámparas iguales formadas a base de candelabros antiguos también y pantallas formadas con un papel de pergamino y un mueble con un tramo para libros en la parte superior y lo demás cerrado lleno por dentro de recortes amarillentos y fotografías imposibles de reconocer, importantes, tal vez, al publicarse e inútiles ahora. Había un clóset en la pared que daba a la sala, podía admirarse el patio posterior a través de una amplia ventana enrejada. Esa habitación tenía un pequeño baño detrás y dos puertas que la comunicaban con la sala y el comedor respectivamente. Así era la pequeña casa; en ella pasaban sus sencillos por complejos días María, como dueña a pesar de ser sólo supuestamente visitante, y Jaime como habitante.

En vista de tener siempre tantos amigos en las cenas, María le regaló a Jaime una cámara fotográfica. La cámara era automática y muy sencilla: único tipo de objeto que Jaime, con su conocida y reconocida total falta de habilidad, podía manejar. A pesar de lo mucho que le gustaban las fotografías, él nunca había sido aficionado a tomarlas. Fue María la que lo impulsó. Retrataron a los visitantes, a María y a Jaime a solas, turnándose el uso de la cámara. Jaime retrató, con María contemplándolo admirada por su original idea, a Clarisa y Alpha trepadas en la jacaranda. Perdida cualquier referencia a su tamaño, las dos gatas negras parecían panteras y se veían aun más bellas. Esta belleza impulsó a Jaime, aficionado siempre a los tríos, a retratar a las gatas junto con María. ¿Puede culparse a la fotografía o ésta no hizo más que descubrirle a Jaime sus deseos secretos? María

ya había dado algunas pruebas de su complacencia en esta dirección, a pesar de su seriedad como bióloga o precisamente por su curiosidad de investigadora. Recordemos los vestidos regalados por Jaime; recordemos su mal comportamiento en la fiesta de la dama con pretensiones de deslumbrar a sus invitados, a la cual asistió el arzobispo y que resultó tan poco edificante con la tenaz contribución de María a este último hecho. Ahora deben seguir otras cosas como pruebas del carácter ejemplar de la pareja formada por María y Jaime, una inevitable pareja, una pareja verdadera, original y hasta envidiable. Jaime, llevado por la pasión, de las fotografías de grupo, empezó a tomarle fotografías a María. ¡Con cuánta naturalidad posaba! En la primera fotografía, María llevaba el vestido color arena, botas y estaba sentada en uno de los sillones rojos. Ésa fue la última fotografía del rollo y al llevarlo a revelar Jaime se quedó encantado contemplándola. Iba a tomarle muchas más. ¿Pero en qué situación y dónde?

—No me preguntes a mí, me avergüenza sólo pensarlo —dijo María con muy natural falsedad cuando Jaime se lo preguntó.

Él recordó todas las fotografías suyas que ella le había enseñado. ¿Por qué mentía? ¿Lo dejaba todo en manos de Jaime? Así tenía que ser el juego. Él estaba dispuesto a asumir la responsabilidad necesaria, por lo visto, para seguir jugando. Pongamos que los modelos sólo obedecen y a veces ni siquiera saben su papel de modelos, como los pequeños seres vistos en el microscopio, como las gatas sin referencia a su tamaño en las ramas de la jacaranda. Jaime empezó a tomarle múltiples fotografías a María, de la cara, de medio cuerpo, de cuerpo entero, en diferentes partes de la casa, en el jardín de atrás y de adelante, con cada vez menos ropa y finalmente desnuda.

Tanto él indicando las poses, como María obedeciendo o sugiriendo algunas por medio de sus movimientos naturales, eran responsables por igual. La responsabilidad de enseñar esas fotografías fue de María. La primera testigo elegida fue la señora guapa en secreto, de más de cincuenta años y vestida de una forma buscadamente descuidada. Ella era amiga de todo el grupo. Se llamaba Guillermina Kivi. Se sabía de ella que había estado casada, el apellido Kivi era de su marido, era viuda, nunca hablaba de esa época y no se le hacían preguntas. Nadie le decía Guillermina, unos pocos señora Kivi y la mayoría solamente Kivi.

—Kivi, te estoy esperando. ¿No vas a venir? —gritaba con voz estentórea e impaciente Manuel Contreras desde el callejón empedrado, sentado ya en su pequeño automóvil.

Pero eso era mucho después. El sonido de la voz y la escena completa sólo se le presentaban en el recuerdo a Jaime.

—Kivi, te estoy esperando. ¿No vas a venir?

El sillón negro, el libro de Peter Handke en sus muslos.

La señora Kivi mirando lenta, cuidadosa, ávidamente las fotografías. Los tres, María, Jaime y ella en la sala, después de cenar. María vestida, como tantas otras veces al salir del trabajo cuando iba a buscarla Jaime, con un suéter de cuello redondo medio gris, medio café, con una falda recta de igual color, con zapatos de tacón. Debajo del suéter se le señalaban los pezones. Jaime viéndola pensó en una pregunta nunca hecha: "¿Tienes muchos admiradores en el instituto de investigación?" Pero por lo pronto, de pie detrás del respaldo del sillón rojo, tanto ella como él estaban mirando a Kivi observar las fotografías. Kivi volvió a ver algunas antes de reunir las otra vez en un solo grupo. María y Jaime se dieron vuelta para quedar frente a ella. Kivi se quedó con el montón de fotografías sobre las piernas. María y Jaime se sentaron en la cama forrada con la manta roja y negra que hacía las veces de sofá.

—¿Qué te parecieron? —preguntó Jaime.

Interrogar a Kivi acostumbrada a ser testigo de todo sin que nadie le preguntase nada directamente podía ser una forma de placer por la obviedad con la que ella fingía no saber cuál debería ser su respuesta. El placer se encontraba en advertir la intencionada obviedad de su manera de fingir. Ella cruzó la pierna y se puso una mano sobre la evidente rotura en sus medias oscuras antes de responder:

—María se ve muy guapa.

—Lo es también en la vida real. Dime algo sólo sobre las fotografías —insistió Jaime.

—Está desnuda en muchas —comentó Kivi, sacando brevemente la lengua para mojarse los labios y mirando primero a María y luego a Jaime con la misma atención en sus brillantes y hermosos ojos oscuros puesta al repasar las fotografías. A ella también le satisfacía la insistencia de Jaime.

—Sí, ¿verdad? Y ¿cuál es tu opinión de María desnuda? Seguro ella quiere saberla. Por eso te enseñó las fotografías —siguió insistiendo Jaime, cada vez más interesado en la actitud de Kivi, descubriéndola y descubriendo, con profunda intensidad, su propio placer ante esa actitud.

María también miraba la cara de Kivi, las fotografías aparentemente olvidadas sobre su muslo y su mano tapando la rotura de la media. Todo era nuevo y podía considerarse meramente divertido y sin consecuencias: la actitud de Kivi, la curiosidad de María coincidiendo en esa curiosidad con la de Jaime. "Cuando uno ve algo en el microscopio se sigue viendo."

—Las fotografías comprueban lo que me había imaginado —contestó Kivi, como si estuviese asombrada de escucharse dando una opinión.

—¡Ah, te la habías imaginado! —dijo Jaime.

—Si tú lo dices —contestó Kivi, nerviosa.

—Yo no lo digo, lo dijiste tú —siguió Jaime.

Kivi no podía disimular su turbación. Su mano se retiró de la rotura en la media y empezó a pasar mecánicamente las fotografías como si toda su atención estuviese puesta en ellas. En tanto Kivi con la vista baja pasaba sin ver las fotografías, María, con la vista fija en la admiración de Jaime, se quitó el suéter, la falda, los zapatos, los calzones y se acostó de espaldas en la cama. Jaime se puso de pie. La espalda, la cintura, las caderas, las nalgas y las piernas de María, hacían pensar en la Venus de Velázquez, sin el espejo sostenido por un Eros para mostrar la cara del modelo representado a Venus reflejada en él.

—Mírala desnuda en la vida real, no en unas vicarias fotografías —dijo Jaime tomando prestado el adjetivo para las fotografías de la solapa de una novela suya.

Terminando la que podía ser nada más una forma de espera, Kivi levantó la vista. Miró tan larga y detenidamente a María como lo había hecho con las fotografías.

—¿Qué te parece? —preguntó Jaime mirando a Kivi, a María, a Kivi otra vez.

Ella no respondió, dejó las fotografías en una de las mesitas sin reparar en sus movimientos, se pasó la lengua por los labios, se tapó de nuevo la rotura de la media y siguió viendo con sus grandes ojos a María.

—¿Qué te parece? —repitió Jaime de pie todavía frente a la cama con la manta roja y negra que hacía las veces de sofá.

—Está de espaldas —contestó Kivi.

María se dio la vuelta.

Esa noche Jaime le tomó más fotografías a María con Kivi mirándola atentamente siempre y sin tocarla. Cuando el rollo se terminó y Jaime dejó la cámara sobre la mesita, María estaba de frente, acostada. Kivi se puso de pie.

—Debe ser muy tarde. Voy a llamar un taxi —dijo.

Mientras llegaba el taxi, María se volvió a vestir y no se habló más ni de ella ni de las fotografías. Apenas sonó el claxon del taxi, Kivi se puso de pie rápidamente.

La noche siguiente María y Jaime estaban invitados a cenar a la casa de un arquitecto y su mujer. La casa no estaba muy lejos y también se llegaba a ella por una estrecha pero mucho más larga calle empedrada. No hay que mencionar su carácter estrictamente moderno y funcional, basta con decir que el arquitecto la había diseñado. Todo era refinadamente estético. Se llegaba a la casa por una calle privada, propiedad de los dueños y bordeada de tupidas jacarandas. Desde esa calle se tocaba el timbre y había que bajar hasta el lugar donde estaba la casa por unas amplias y empinadas escaleras. El arquitecto se llamaba Tadeo Martínez del Oro, pertenecía a una distinguida familia y, como tantos otros arquitectos, pintaba por afición cuadros abstractos muy malos y muy parecidos unos a otros, pues todos seguían la misma fórmula. Sus ojos oscuros casi saltones y muy abiertos le daban una expresión inteligente. Tal vez lo

era; tal vez no. ¡Su vida entera obedecía tanto a un formato típico! Su mujer, una argentina cursi como sólo pueden serlo las del Cono Sur, con el singular nombre de Morela, nombre tomado de un cuento de Edgar Allan Poe, practicaba por afición la poesía y, por supuesto, traducía del francés y del inglés los textos más exquisitos. Una pareja intelectual y por tanto muy orgullosa de la amistad de Jaime. Él iba adecuadamente vestido con saco sport, pantalón negro y corbata del mismo color; María, no de acuerdo con su categoría de bióloga, sino de acuerdo con la nueva categoría adoptada por ella y aprobada por Jaime, con un vestido de seda discreto en su color y no en su forma. Al encargarlo a la modista que lo diseñó, María le había dicho: "Quiero ir prácticamente desnuda." La modista siguió, profesionalmente y con una secreta complacencia, su sugestión. El vestido, además de ser muy corto de acuerdo con las exigencias de la época, se ceñía mucho al cuerpo, tenía un enorme escote por delante y por detrás y sólo estaba unido a los amplios hombros de María por dos delgadísimos tirantes, los cuales se desprendían de alguno de los hombros con toda facilidad aparentemente, aunque era un gesto casi imperceptible de María el que provocaba esta operación, reconocida sólo por la atenta, siempre aprobatoria y gozosa mirada de Jaime.

Cuando María se desprendió del abrigo, Morela, envidiosa, no pudo dejar de decir:

—Yo tenía un vestido muy parecido, pero lo usaba con ropa interior.

—Yo también. Traigo calzones —contestó María.

—Me refiero a la parte de arriba. Yo usaba un bra-sier sin tirantes —siguió con un tono entre envidioso y admirativo Morela.

—Yo nunca he usado sostén. No tengo nada que sostener —contestó María.

Los ojos saltones de Tadeo estaban fijos en María; los de Jaime también y los dos escuchaban la conversación entre las mujeres. Después procedieron a sentarse. María en un sillón con los brazos siguiendo los de él; las piernas cruzadas dejaban ver casi por entero uno de sus muslos. Y sin embargo, la reunión prosiguió por los caminos habituales.

No fue habitual la conducta de María en la fiesta a la que fueron invitados en esa misma casa unas semanas después. Llevaba uno de sus vestidos "como camisetas". Era el verde en esta ocasión, pero abrochado hasta el cuello. El marido de la mujer que había opinado que los vestidos de María eran como camisetas, en un salón en el que sólo estaban él, María y Manuel, quien fue el que le contó toda la escena después a Jaime, dijo:

—Esos vestidos exteriormente son muy excitantes; pero luego las mujeres siempre traen algo abajo.

—No todas. Puedes comprobarlo —contestó María.

Y cuando regresaron al salón donde había muchos invitados, llevaba cuatro botones desabrochados. De

acuerdo con el relato de Manuel la escena había sido la siguiente: María no había movido los brazos mientras el hombre le desabrochaba los tres primeros botones. El hombre la contempló y consultó con Manuel:

—Ha dicho la verdad. ¿Seguimos adelante?

—Yo no sé, pero te aconsejaría hacerlo —contestó él.

El hombre le desabrochó el cuarto botón a María que se dejaba hacer, inmóvil como un objeto, dejando aparecer su cuerpo conforme la desabrochaban. El hombre la contemplaba largamente, según el relato de Manuel.

—Ya está bien así —dijo casi apesadumbrado, sin decidirse a ir más allá.

Regresaron a la otra sala. Fue la última vez que María y Jaime vieron a esa pareja. Pero todavía, cerca del final de la fiesta, Manuel le sugirió a María que hiciera un *strip-tease*. Tadeo estaba junto a ellos.

—Sí, sí —aprobó, en tanto hombre moderno y audaz.

No había ninguna música. Manuel y Tadeo empezaron a hacer ruidos con la boca palmeando al mismo tiempo. Jaime contemplaba la acción. María sólo se desabrochó un botón más del vestido y dijo, a pesar de que había bebido mucho, sus ojos brillaban y en sus labios empezaba a mostrarse una sonrisa:

—Mejor no.

Así terminó el frustrado *strip-tease*. A pesar de sus inmencionables deseos en sentido contrario, hasta Jaime tuvo que admitir que quizá estaba bien. ¿Qué hubiera hecho María una vez despojada del vestido y sin música? De las acciones inesperadas no puede saberse el final; por eso existen las costumbres establecidas. Una posible regla sobre el valor de las costumbres que el autor ha sacado de esta acción.

De regreso, en el automóvil, María, como de costumbre, adoptó un tono quejumbroso al decirle a Jaime:

—No debes dejarme hacer esas cosas.

—Sería incapaz —contestó Jaime en un inesperado arranque de sinceridad.

Otra noche una pareja amiga estaba invitada a cenar. María le dijo a Jaime que no pasara a buscarla; ella llegaría en su coche a la casa. Al llegar traía dos cajas. Jaime estaba leyendo acostado en la cama que hacía las veces de sofá. Dejó el libro al ver a María. Ella se acercó y sin darle tiempo de pararse le dio un ligero beso en la boca.

—No te muevas. Espérame aquí, voy a cambiarme al otro cuarto, a ver si te gusta lo que compré.

Mientras ella regresaba, Jaime volvió a tomar el libro para llegar a un punto y aparte. María entró. En vez del traje sastre de *tweed*, sin blusa, con la falda muy corta y estrecha, con zapatos de tacón, sin medias como siempre, traía ahora unas aparentemente simples y muy originales sandalias de cuero sin tacón; falda hasta los tobillos, jaspeada, de algodón; una blusa café claro, sin botones, amarrada de manera que la amplitud de su escote triangular dependía de la voluntad de quien la usa-

ba. La blusa no llegaba a la altura donde empezaba la falda, dejando por tanto un pedazo de piel desnudo. Alta, esbelta, con el pelo castaño atado por detrás para formar una cola de caballo, María tenía la belleza de siempre y una nueva belleza, aun más maliciosa. Jaime dejó el libro sobre el sofá, se puso de pie y la besó en la boca.

—¿Te gusta? —preguntó María.

—Yo no soy Kivi para interrogarme de ese modo —contestó Jaime haciéndose para atrás unos pasos—. Te imaginé desde el primer momento; lo que imaginaba resultó cierto y mi conocimiento implica esperar tus reacciones para tener alguna certeza.

María sonrió complacida.

—Me gustan tus mentiras porque parecen verdades.

Se sentó en el sillón; Jaime en el brazo de ese mismo sillón. Siguiendo un impulso natural, le metió la mano bajo la blusa a María. Ella lo dejó hacer levantando la cabeza.

—No empieces, espera.

Jaime se levantó y se sentó en el otro sillón para contemplarla. Los pies de María, el pequeño espacio desnudo de su piel entre la blusa y la falda, el escote de la blusa, su cara. ¿Cómo podía definirse su capacidad de provocación? ¿Era una disponibilidad encerrada en su aparente seriedad?

—¿En qué estás pensando? —preguntó María.

—En ti —contestó Jaime.

—¿En mí disfrazada a medias de gitana? —dijo María, levantándose la larga falda y volviendo a dejarla caer de inmediato.

—En ti como la dueña de esos gestos. Los espío siempre —contestó Jaime.

Esta vez fue María la que se levantó. Todavía no llegaba hasta Jaime cuando sonó el timbre. María cambió de dirección y fue a sentarse al sofá. La cocinera salió a abrir. Entraron Felisa y Eugenio Córdoba. Ya habían estado en la casa muchas veces en fiestas. En una de ellas, Eugenio le comentó elogiosamente a Felisa algo sobre el audaz vestido de María y su manera de enseñar los muslos al sentarse. Jaime lo escuchó y decidió invitarlos solos. Era una acción perfectamente posible. Se conocían desde antes que María y Jaime empezaran a estar juntos. Eugenio, además, trabajaba también en la Universidad en el mismo departamento que Jaime.

—¿Por qué tan serios? —dijo al entrar Eugenio.

—Los estábamos esperando —contestó Jaime poniéndose de pie.

—Eso me parece muy bien —comentó Eugenio—. Nosotros también estábamos esperando que nos invitaran solos algún día.

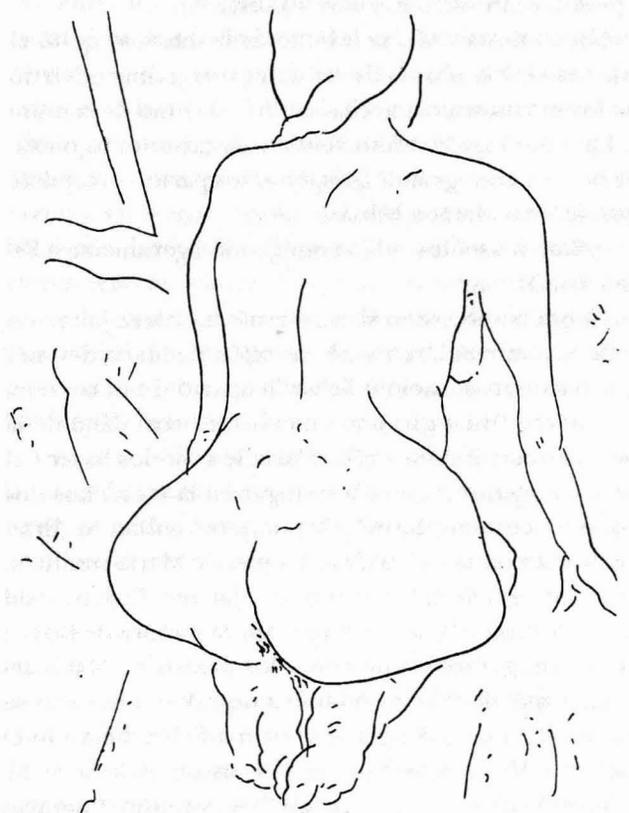
Como si fuese un gran chiste, todos se rieron.

Entonces María preguntó qué iban a beber.

—Vodka en las rocas —dijo Eugenio.

Cuando todos estaban sentados empezaron a beber.

Felisa no era una belleza, pero resultaba atractiva. Estaba vestida con un serio traje sastre con blusa blanca abajo, se dedicaba a la economía y las malas lenguas, entre las cuales se contaba Jaime, decían que su principal atractivo para Eugenio era el hecho de mantener la casa en unas condiciones económicas que Eugenio no podría soñar dado su empleo actual. Pero lo importante, en eso estaban de acuerdo tanto María como Jaime, era que formaban una pareja. El principal atractivo de Eugenio tampoco estaba en su físico, sino en su ausencia de pretensiones, aunque Jaime supiera de su seguridad en llegar a ser un gran escritor. El caso es que ahí estaban, los cuatro juntos. ¿Parejas disparejas? No, puesto que estaban juntos. Tal vez el destino los había reunido. ¿Pero para qué?



Antes de pasar a la mesa, habían bebido en abundancia y Felisa, sin perder su seriedad, había elogiado en términos entusiastas el atuendo de María. No hay ni que decirlo: la cena fue espléndida. Rebanadas de robalo con cebolla y ajoli. Bebieron vino blanco y después del postre, coñac. De pronto, sin decir nada, María se levantó de la mesa y se perdió en el cuarto. Reapareció saliendo por la sala y se acercó a la mesa desde el vestíbulo. Las cintas con las que se cerraba la blusa estaban desabrochadas y se le veían por entero los pechos y el resto del torso. Sin detenerse, volvió a entrar al cuarto. Salió del mismo cuarto. Ahora su blusa estaba cerrada otra vez. Su momentánea aparición había sido, en efecto, como una aparición. Felisa no miró a nadie; Eugenio a Jaime. La aparición y desaparición se repitió varias veces. En alguna ocasión, María tenía el torso desnudo; en

otras las piernas. Unas veces se levantaba la falda; otras se desamarraba la blusa, la abría brevemente y volvía a cerrarla. Felisa seguía sus movimientos sin comentar nada. Jaime le preguntó a Eugenio:

—¿Qué te parece?

—Previsible en lo imprevisible —comentó sutilmente Eugenio.

La siguiente vez, María estaba totalmente vestida. Se dirigió al tocadiscos y puso un disco de la Sonora Matancera. Eugenio se levantó de la mesa y mientras María permanecía con la vista fija en el disco, le quitó la blusa y luego la falda. María se dejó hacer como si no se lo estuvieran haciendo a ella, sin apartar la mirada del tocadiscos.

Felisa y Jaime seguían en la mesa.

—Ahora tú —le dijo Jaime a Felisa.

Sin contestar, ella se levantó de la mesa, se quitó el traje sastre y la blusa. Usaba una *gaine*. Jaime advirtió que los movimientos de ella seguían el ritmo de la música. Le quitó la *gaine*. Pero Felisa traía calzones bajo ella. Sus pechos eran grandes. Eugenio se apartó, cediéndole lugar junto a María a Felisa.

—Bailen ustedes —dijo empujando ligeramente a Felisa hacia María.

Felisa actuó como si esperara esa orden. Jaime no podía prever cuál iba a ser la reacción de María después de toda su provocación. Felisa la apartó de su contemplación del disco girando en el tocadiscos, dándole la vuelta y acercándola a ella. María le echó los brazos al cuello. Eugenio regresó a su lugar en la mesa. Los dos hombres contemplaron a las mujeres bailando. Eran una bonita pareja dispareja. La piel de María resultaba más clara; Felisa era más robusta. Jaime y Eugenio, sin hablar, vieron cómo Felisa rodeaba la cintura de María; Jaime y Eugenio vieron cómo los brazos de María seguían alrededor de los hombros de Felisa. Sus caras se juntaron. Jaime y Eugenio vieron a Felisa besando el cuello de María. Las mujeres se besaron en la boca. Siguieron bailando hasta que el disco terminó. Entonces María se inclinó a buscar otro. Al levantarse, Felisa la abrazó por detrás y sus manos llegaron hasta los pechos de María. Ella no se opuso. El nuevo disco era de pseudozambas brasileñas, cantadas en inglés por una mujer, mucho más lento. Jaime y Eugenio las vieron, sin cambiar palabra. Luego Eugenio se levantó de la mesa, les quitó los calzones y regresó a su lugar. María y Felisa, como si no hubiesen registrado el gesto de Eugenio, bailaban casi sin moverse, estrechamente abrazadas y sin dejar de besarse en la boca. Después, seguían besándose en la boca, pero ahora estaban de rodillas y en seguida rodaban por el piso hasta quedarse quietas con Felisa sobre María. Dejaron de besarse, de abrazarse y la boca de Felisa descendió. María dio entonces un ligero grito tal vez de placer, tal vez sólo quejándose, se desprendió del cuerpo de Felisa y corrió hacia el cuarto.

Felisa la siguió lentamente. Jaime y Eugenio (¡al fin!) se levantaron de la mesa y entraron al cuarto. María y Felisa estaban abrazadas, los dedos de una entraban a la otra y hasta suspiraban. Jaime y Eugenio, ¡siempre vigilantes!, se colocaron a ambos lados de la cama y vieron a las dos mujeres hasta que ellas gritaron casi al unísono y se quedaron boca arriba, tomadas de la mano, mirando por primera vez a Jaime y a Eugenio, casi con asombro de encontrarlos ahí.

—Acuéstate con mi mujer —le pidió Eugenio a Jaime.

Él había estado observando o vigilando más las reacciones de María que las de Felisa. ¿Pero quién podía evitar que al mirar a una mirara a la otra? Felisa nunca había sido un prospecto elegible antes. En ese momento sus habilidades con María despertaban un ambiguo deseo. Obedeció a Eugenio y Eugenio, para el que María sí debía haber sido un prospecto inalcanzable hasta entonces, hizo lo mismo con la mujer de Jaime. *Todos somos asesinos* es el título de una película. Parodiándolo, podría decirse que todos eran culpables en este caso. ¿Pero cuándo había empezado todo? Quizá en diferente momento para cada uno de los protagonistas y, sin embargo, ahora todos eran iguales o muy semejantes en la cama del cuarto de la casa de Jaime, aunque los cuerpos fuesen tan diferentes entre sí. Al terminar, sin necesidad de ponerse de acuerdo, María y Jaime fingieron estar dormidos y, sin pretender despertarlos, Felisa y Eugenio se vistieron y salieron de la casa. Sólo entonces, tanto María como Jaime abandonaron su útil sueño fingido.

—¿Te gusté? —preguntó ella inmediatamente.

—Muchísimo —contestó Jaime.

Cada quien su obligación: la pregunta de ella era obligada; la respuesta de él también.

Entonces, estrechamente abrazados, se quedaron dormidos de a de veras.

“Cuando se descubre algo en el microscopio se sigue viendo.” El mundo es un laboratorio, diría el sabio autor como comentario. No fue la última vez que vieron a Felisa y Eugenio. Después también Eugenio fue solo y sucedió lo inevitable: los dos hombres se acostaron al mismo tiempo con María. Esta vez Eugenio no esperó a que María y Jaime fingieran estar dormidos. Se levantó, se vistió lentamente y se despidió con la misma lentitud dejándolos desnudos en la cama. María y Jaime aprovecharon la oportunidad para portarse como una pareja normal y volver al principio de su relación. Pero siempre se sigue viendo...

Vicente, otro amigo homosexual con el que por lo tanto no había ningún peligro pues Jaime no tenía ninguna curiosidad en ese sentido y María no le hubiese permitido tenerla, se presentó a visitarlos un día, más exactamente una noche, con su pareja. Él se llamaba Salvador. Fueron a un cine de arte a ver una película húngara, *Algo flota sobre el agua*, de la que sabían que la actriz principal era guapísima, salía desnuda y tenía

una escena muy erótica. Después, comentando la película y en especial la escena erótica con la guapísima actriz húngara, fueron a cenar y todavía a casa de Jaime. María se perdió en el cuarto y reapareció con la falda larga y una mascada alrededor de los pechos. ¿Para qué te exhibes delante de esa pareja de homosexuales?, pensó Jaime. Pero María amaba el arte por el arte y además no perdía nunca las esperanzas. Al final se demostró que tenía razón. Puso un disco y sacó a bailar a Salvador extendiendo el brazo hacia él. Salvador aceptó y Vicente lo miró asombrado. Bailaron muy poco antes de que Jaime le sugiriera a Salvador:

—Quítale la mascada y quítate tú la camisa.

¡Salvador lo hizo!

María le pasó los brazos alrededor de los hombros igual que a Felisa y Salvador le rodeó la cintura igual que Felisa. Vicente se levantó con el cigarro en la mano para quemarle la espalda a Salvador; pero desistió de su intento apenas Jaime le hizo un gesto negativo con la cabeza y la pareja siguió bailando en paz. Estaban en la sala. Jaime sentado en la cama que hacía las veces de sofá; Vicente en el sillón rojo. Cuando terminaron de bailar, María fue a colocarse en el sillón a cuadros rojos y negros, levantó un poco los pies, se puso los brazos bajo la cabeza y comentó:

—Yo no tengo ningún pudor.

Era obvio. Después de esa declaración tan evidente, María le sugirió a Salvador que trajese whisky con soda para todos. La proposición fue aceptada. Mientras Salvador salía de la sala, Jaime le preguntó a Vicente:

—¿Tú no bailas?

—A mí no me gustan las mujeres —contestó Vicente con la seriedad debida a cualquier declaración de principios.

Los tres se quedaron en su sitio mientras Salvador regresaba con los whiskys. María dejó que Salvador hiciera varios intentos de darle el vaso antes de agarrarlo y con él ya en la mano se levantó la falda.

—¿Te gustan mis piernas?

Por toda respuesta, Salvador la sacó a bailar de nuevo. Vicente ya no hacía movimientos reprobatorios con la cabeza y Jaime sólo los miraba. Cuando el disco terminó, sin música María y Salvador siguieron abrazados y ella lo besó en la boca. Jaime se levantó y se sentó en el sillón donde estaba María. Ella, de pronto, se separó de Salvador y corrió hacia el sofá. Salvador la siguió. Se acostaron en él mirados atentamente por Jaime y con disimulo por Vicente. Al terminar, María se levantó y se dirigió hacia Jaime, sentándose en sus piernas. Salvador siguió en el sofá.

—Ahora me toca a mí —dijo Vicente yendo hacia el sofá.

Ni a María ni a Jaime les interesaba ese espectáculo. Se fueron a su cuarto. Oyeron desde él los murmullos y quejidos de Vicente y Salvador, pero estaban dormidos en verdad cuando Vicente y Salvador se fueron.

Muchas de esas situaciones se repitieron en esa casa con diferentes protagonistas. A Jaime nunca se le ocu-

rrió tomar más fotografías, después de todo él no era aficionado a ese arte. En cambio su relación con María, tal vez por su carácter inesperado, se hizo cada vez más firme. Ella todavía iba a comer muchos domingos a esa casa con su hijo y en tanto, un amigo le mencionó a Jaime la existencia del terreno en la otra estrecha calle, cerca del *lumpen* también, donde gracias a una herencia largamente esperada, Jaime se hizo la casa.

Con el libro de Peter Handke sobre las piernas, Jaime volvió a ver a la mujer que le recordaba sin motivo directo un cuadro de Balthus. Esta vez ella iba subiendo las escaleras y se perdió tras una puerta imposible de ver. La escena volvió a hacerle recordar los gritos de Manuel desde el callejón: “Kivi, te estoy esperando. ¿No vas a venir?” Como tantos otros recuerdos de Jaime, éstos tenían un carácter erótico. Si Kivi no salía y tampoco había salido junto con Manuel cuando éste decidió retirarse, era porque María estaba en calzones y con una mascada alrededor de los pechos justo entre el vestíbulo y el comedor sobre la alfombra gris, tirada de frente, Kivi ya se vestía sin ningún descuido. Sin motivo preciso, en tanto creyente del arte por el arte, María se había ido despojando de la ropa y bailaba sola chachachás mientras Manuel la miraba desinteresadamente, Jaime la contemplaba y la admiraba y Kivi fingía una objetividad que estaba lejos de sentir. Ya en una ocasión para excitar aun más a otro amigo de Jaime, María se había quitado un vestido azul con rayas horizontales grises, regalo de Jaime, y se había acostado en el sofá de la sala pidiéndole a Kivi que le diera un masaje, cosa que Kivi procedió a hacer con mucho gusto y cuidado, deteniéndose largamente en los pechos de María con el resultado de que el amigo de Jaime trató de agarrarle los pechos a Kivi y ésta dio un grito, apartándose. Su fidelidad al marido muerto era irreprochable. Por la inesperada reacción del amigo, no pasó nada más esa noche. Pero esa otra noche, mientras Manuel gritaba en el callejón llamando a Kivi para llevarla a su casa, Jaime le pidió a Kivi que le quitara la mascada de sobre los pechos a María. Kivi se puso de rodillas para obedecer. Manuel seguía gritando con cada vez mayor impaciencia.

—Sal y dile que te vas a quedar aquí y no espere más —ordenó Jaime.

Kivi obedeció, ella siempre obedecía. Regresó en seguida y se quedó de rodillas frente a María, quien en verdad borracha, tenía los ojos cerrados.

—Tócala —pidió Jaime.

Kivi obedeció primero con inseguridad y discreción; luego cada vez más definitiva y gozosamente. Terminaron con Kivi acostada por entero sobre María, sin desvestirse pero besándola y acariciándola bajo el calzón sin que María abriese los ojos, a pesar de que era evidente que no estaba dormida. María se había venido con la presión de los dedos de Kivi, gritando de placer. Kivi seguía fingiendo objetividad y obediencia tan sólo. Cuando María

se durmió en efecto, ella se levantó y le dijo a Jaime que iba a pedir un taxi por teléfono. Al quedarse solo con María, Jaime se sentó en el piso admirando su cuerpo sin tocarla y finalmente la llevó cargada a la cama.

—Qué pasó. ¿Me porté muy mal? —preguntó María al día siguiente.

—Todo lo mal que se puede —dijo Jaime.

—Qué vergüenza —fue la inevitable respuesta de María.

Cometido el acto, todos somos inocentes.

“Kivi, te estoy esperando. ¿No vas a venir?” Jaime levantó el libro de Peter Handke y el relato ganó su atención sin ningún esfuerzo.

La nueva casa también tenía un solo piso al principio. Después Jaime mandó hacer los cuartos para sus hijos sobre la parte que daba a la calle, convirtiendo el resto de la azotea en terraza. Sus hijos iban muy seguido a esos cuartos. Ahora ya ni siquiera vivían en la ciudad. A la casa se entraba por un portón de madera y el alargado patio hacía las veces de garaje. Por los lados no había ventanas, las paredes estaban cubiertas por una enredadera de hojas casi con forma de estrella y pequeñas flores blancas. Al fondo podía verse un segundo piso. Era el cuarto de la cocinera, el cual sí tenía una alargada ventana. Se entraba directamente a la sala por una puerta también de madera gruesa. Esa sala era mucho más amplia que la de la casa anterior. La entrada era alargada y ahí estaba colocado el mueble con el tocadiscos encima. Tenía el mismo sofá con la manta roja y un diseño a rayas negras, los mismo sillones, aunque los chicos estaban forrados de negro y el grande seguía igual, las mismas mesitas redondas; pero la gran mesa alargada en la que Jaime escribía no estaba ahí, ni tampoco el librero que estaba junto a esa mesa y en vez de los libreros antiguos había otros mucho más grandes y más elegantes, bajos, sin embargo, para tener sobre ellos cuadros de los pintores amigos de Jaime. En una pared completa, encima de uno de esos libreros, había varios dibujos en blanco y negro de gatos solos y gatos con una mujer, que habían servido para ilustrar un cuento de Jaime. Junto a esa pared, sobre la chimenea estaba un retrato de María hecho por el mismo pintor, con una suerte de televisión en cuya pantalla estaba otro gato y María, como si fuera Palas Atenea, tenía una lechuga en el hombro. ¿Era verdad que María fuese una diosa de la sabiduría? Por lo menos es seguro que el autor de este relato cae en todas las tentaciones y alguien con innata sabiduría le había dicho cuando lo comentó: “para eso son las tentaciones”. Dado que era más grande, en esa sala estaba también el comedor con la mesa cubierta de amarillo oscuro y las sillas de paja y el antiguo chifonier de Jaime. Pero el estudio era independiente a pesar de que desde él se pasaba directamente a la sala sin ninguna puerta. En ese estudio, muy chico, estaba el mismo antiguo librero y la misma mesa colocada frente a una especie de ventana que no podía abrirse; sin embargo, esta ventana era más amplia, rectangular con el

lado más largo en sentido horizontal y sin barrotes, por ella se veía un trueno plantado por Jaime en un pequeño patio interior alfombrado con hojas muertas del trueno y flores moradas caídas de la buganvilia, al que daba una de las ventanas-puertas de la sala. En el estudio había menos retratos de escritores, sólo se conservaban los más admirados por Jaime: Musil, Rilke, Nietzsche, Klossowski, Thomas Mann y Joyce; también el archivero de metal, así como otro pequeño librero bajo con muchos dibujos cubriendo toda la pared donde estaba apoyado. De la sala salía un pasillo delgado y largo con más libreros y cuadros. En él había una puerta al fondo por la que se entraba a la enorme habitación de Jaime, amueblada casi de la misma manera, con el único baño, igual que en la otra casa, detrás —¿prueba del maniático afán de repetición y egoísmo de Jaime? Sus hijos antes de tener cuartos propios en el que se convirtió en segundo piso, tenían que pasar por la habitación de su padre para usar el baño—, y una magnolia al frente, plantada, como es de suponer, por Jaime, magnolia que podía contemplarse desde la calle como antes la jacaranda y al terminar el pasillo, otra habitación destinada primero a los hijos de Jaime y ahora sin uso preciso, aunque en ella estaban libreros igualmente bajos y más cuadros, y la escalera, admirada por todos los visitantes, por ser como de barco y terminar en un agujero, por la cual se subía al pasillo que daba a los actuales, siempre desocupados ahora, cuartos de los hijos de Jaime. Las ventanas, de la sala, de los dos cuartos, de la parte posterior del pequeño estudio y de la cocina, eran ventanas-puertas. Por la de la cocina, también en un afán de imitación de la antigua casa, se salía a la pequeña terraza donde estaba sentado Jaime leyendo a Peter Handke, recordando y contemplando. Eso es todo. ¡Pues es bastante descripción!, pensará el lector, si lo hay. Es cierto: una de las manías del autor es la descripción.

Durante un tiempo, María fue todas las noches a esa casa. Se quedaba a dormir muchas veces y las escenas recordaban a las de la casa anterior a pesar de que las modas ya no eran las mismas. Ahora María tenía toda una nueva colección con las faldas mucho más largas. Con esas faldas usaba blusas cuyos botones podían desabrocharse. Kivi, Manuel y otros muchos solían ir antes a esa casa. Ahora también iba María. La razón es simple y como todas las cosas simples, muy compleja: María tuvo una beca y se fue por unos meses a París con su hijo. Los meses se prolongaron indefinidamente: María conoció en París a un biólogo francés, se casó con él y ahora vivía ahí con su hijo y su marido. ¿Seguiría siendo igual su conducta? Nadie sabe, nadie supo, por lo menos no Jaime ni el autor.

Jaime volvió a dejar el libro de Peter Handke sobre sus piernas. Sentado en el sillón negro sobre la pequeña terraza de mosaicos rojos, se sentía viejo, muy viejo. ¿En eso consiste la vida al final, en estar solo, leer, contemplar y recordar? ■